

salir se vé á un caminante
que en la Cruz puesta delante
del santuario, se reclina.—

Y por lo meditabundo
que está, y lo que en él se advierte,
ó sufre un pesar profundo,
ó no se encuentra en el mundo
muy conforme con su suerte.—

Mas de su contemplacion
en aquella soledad,
sacóle la aparicion
de un ser de dulce atraccion
y radiante majestad.—

Cendales blancos y rojos
velan por igual sus ojos:
y con penetrante acento,
al mancebo macilento
le interroga sin enojos.—

—¿Qué buscas, hermano, aqui?
¿El retiro?

—No lo sé.

—¿Eres extranjero?

—Sí.

—¿Vives dichoso?

—Nací

para lo contrario, á fé!

—¿Cultivas ciencia?

—Hallé oro,

y en él cifré mi tesoro
sin labrar mi inteligencia.

—¿Ilumina tu conciencia
la luz del cielo?

—Lo ignoro.

—¡Lamentable es tu flaqueza!—

¿En tu espíritu sombrío,
qué predomina?

—El vacío.

¿Y en tus potencias?

—Tibieza.

¿Y en tus sentidos?

—Astío.

—En tu desgracia... ¡Infeliz!—
para borrar ese tédio
que engendró en tí tu deslíz:
¿Qué imaginaste?

—No hay medio
de poder yo ser feliz.

—¿Tu frente á Dios, has alzado?
¿Y de su Madre bendita,
el favor, has invocado?

—La primera vez que he orado,
ha sido hoy, en esa ermita.

—¿Qué inspiró tu corazón
á esa plegaria?

—Fué todo
cuanto pedí en la oración,
que el cielo, de cualquier modo,
termine mi situación!

—Cuando al bienestar tu dueño
todo camino te cierra,
y sin hogar, sin consuelo
te ves proscrito en la tierra...
entónces llamas al cielo!

Más hoy, que trégua al viaje
diste, y tu razón absorta
quedó en aqueste paraje,
escucha atento un pasaje
que á nuestro negocio importa.—

En la ciudad de Florencia,
un matrimonio moraba,
halagando su existencia
la quimérica influencia
del caudal que atesoraba.